



AFTER



*Lo que realmente importa es lo que viene después.*

*Una mesa de madera, observada a nivel atómico, es un vasto espacio vacío en el que los electrones de valencia y las capas internas de las macromoléculas que forman su estructura macroscópica son lo único 'observable' antes del remoto núcleo atómico.*

“Los que sueñan”, Elio Quiroga.

*¿Y si la vida en su carrera hacia la complejidad  
no fuese más que un organismo recordándose?*

## *Domingo*

Más que nunca, ahora soy consciente de mi frágil capacidad para vivir; hace cinco o seis años e incluso menos, me sentía inmortal. Ahora, por alguna razón, no consigo quitarme de la cabeza cierto miedo a no poder acabar lo que tengo pendiente, a dejar a medias todo aquello que creo que debo hacer o conseguir. Aquello que espero de mí, como escribir una gran historia. Pienso en esto mientras alguien introduce en mi boca un cuarto de una pastilla de color azul que me dice, no es como las de hace años pero no está mal; yo no lo sé porque empecé tarde en esto de las drogas y todavía estoy en esa fase en que cualquier cosa me sabe bien. Todo a mi alrededor es un océano de sensaciones en el que unos y otros salimos a flote o nos hundimos: eufóricos, introspectivos, sexuales, desinhibidos, comunicativos, desconfiados, generosos, interminables.

Se supone que somos *millennials*, y suena fantástico: la generación del fin del milenio, ni más ni menos. Aquí nos tienes, sudados, los ojos saliéndose de las órbitas, inmersos en un trance electrónico y sin querer que se haga de día bajo ningún concepto. Por supuesto, no todos.

Muchos otros millennials -la mayoría- duermen ahora en sus pisos. Porque ser millennial no significa absolutamente nada. Lo que somos es una generación tan jodida en el fondo como cualquier otra desde que el mundo es mundo. Cada uno huye a su manera de este fenomenal sinsentido que es el ahora. Algunos se implican de lleno en el sistema, otros se parapetan tras la apatía, tras la desafección o tras una ignorancia buscada a base de volverse impermeables a la información: su aburrimiento existencial hace las veces de atmósfera y les protege de los estímulos que llueven como meteoros y se desintegran, llegando tan solo como haces de ideas que podrían haber resultado reveladoras, tal vez, en otra vida.

Y ni siquiera venimos de un país de la parte baja de la tabla. Por eso podemos estar aquí pensando en que ya se va a hacer de día, en que querríamos follarnos a ese de ahí o a esa, en que no tenemos mucho en el bolsillo pero algo haremos. No somos tan jóvenes, pero desde luego, tampoco somos viejos. Todavía tenemos mucho que quemar.

Siempre me ocurre lo mismo cuando llega el efecto: una especie de frío que asciende de mi estómago al pecho y de ahí a la garganta, una aceleración repentina que difumina los límites de lo correcto y me lleva a pensar que haga lo que haga, no pasará nada. Supongo que es la clave del éxito del éxtasis y de otras muchas sustancias. Sé que los demás piensan lo mismo, lo veo en sus caras. Amor, mucho amor.

Despreocupación, fantasía. La noche se está terminando de evaporar ahí fuera pero aquí dentro el tiempo no existe. Solo el amor. El contacto con el otro es una experiencia chamánica, besar se vuelve algo tremendamente necesario. Besar para decir *estoy aquí como tú lo estás* y *con eso nos vale a los dos*. Cuando las luces se encienden de pronto, la felicidad colectiva se resiente un poco, no obstante, hay vida más allá de esta fiesta de nombre aséptico. Últimamente todas las fiestas tienen este tipo de nombres poco espectaculares y vacíos de contenido. Me gustan. Son todo lo contrario a una entrada repleta de luces de neón. Lo importante va a pasar dentro de ti, no hacen falta adornos.

Antes de buscar la salida se esnifan los últimos polvos, se beben las últimas copas -los pocos que beben-, se piden las últimas aguas. Una chica hace una pequeña balsa en la lengua con lo que queda de un refresco de naranja abandonado y allí le echan unas gotas de algo que te vuelve efervescente hasta que te pasas y te manda a dormir. Con las primeras luces del día parecemos lo que somos: un grupo de hombres y mujeres, de chicos y chicas con ganas de romper la barrera de la nocturnidad, de homogeneizar las veinticuatro horas del día, de irse de *after*. El *after*, el gran triunfo de la fiesta frente al reloj, la mejor de todas las huidas hacia adelante. Irse de *after* es tomar plena conciencia de la cuarta dimensión, vivir realmente en ella y no a pesar de ella. El sol molesta cuando tus pupilas son dos enormes ventanales abiertos de par en par, así que me pongo las gafas. Repaso mentalmente las

caras de todos quienes me acompañan. Trato de averiguar quién será el último de ellos y ellas al que veré. Porque hoy me voy a ir de after. Voy a lanzarme sin frenos al después. Y ya no voy a volver.



El coche avanza tranquilo, tengo la cabeza apoyada en la ventanilla izquierda trasera, justo detrás de la conductora. Los campos se suceden y se alternan a veces con grandes cañizos; en el asiento del copiloto, un irlandés que hemos conocido esta noche prepara algo de speed sobre la caja de un CD que debió contener una recopilación de esas que los de nuestra generación grabábamos para regalársela a quien nos gustaba, o para salir de viaje. Creo que todavía conservo la caja de un 'San Sebastián 2006', y de un 'Tres años juntos, ¡te quiero!'. Las guardamos aunque los discos ya se hayan abrasado al dejarlos en el asiento un día entero de verano porque forman parte de los vehículos donde sonaron. Son ese mobiliario que acompaña a un coche hasta que marcha por última vez al desguace, momento en el que o bien se sacan, se meten en una gran bolsa negra y se tiran, o se dejan en el compartimento de la puerta, en la guantera o en el bolsillo tras el respaldo. Las cajas, junto a peluches, trapos, paquetes de tabaco vacíos y tickets de la O.R.A gastados, son elementos indispensables en esta clase de ecosistemas.

Vamos hacia una zona que es célebre por ser el cementerio de grandes discotecas del pasado. Ahora de las cenizas de la fiesta pasada han comenzado a surgir brotes esperanzadores, espacios abandonados reconvertidos en acogedores parcelas acondicionadas para albergar a esos y esas que se resisten a volver a casa. En concreto nosotros

nos dirigimos a un antigua perrera que se extiende a lo largo como una lengua de grava que llega hasta un cañizo. Un grupo bastante ecléctico de paisanos de la noche se ha instalado allí previo pago de un ínfimo alquiler; han llevado consigo caravanas, casas prefabricadas, y todo tipo de mobiliario para sentirse como en casa en aquel no-lugar próximo a la playa y al mañana. Decir que son como neobeatniks puede sonar a historia ya leída pero no importa, la verdad es que sentados en círculo -aquella chica delgada que se abraza encogida por el frío dentro de una sudadera con capucha negra, aquel disc-jockey eternamente sereno, aquel chico de rasgos e ideas afiladas y aquella otra chica de ojos enormes, azules y amables-, parecen una manada de bellos y desarraigados fugitivos.

Las puertas de las jaulas de la antigua perrera o están abiertas o no existen. Sus barrotes, los que quedan, se han pintado de colores. No tendría razón de ser cualquier otra cosa. Este es un espacio para la libertad y un moderado desenfreno. Cuando llegamos, el sol ya se encuentra lo suficientemente alto como para que haya familias repostando en la gasolinera. El lunes y el martes se libra por alguna onomástica que ya nadie venera y alguna fiesta nacional sin importancia y son muchos los que aprovechan para largarse. Compró unas botellas de cerveza que jamás probaré y cuatro litros de agua que desaparecerán en cuanto llegemos. Ambos líquidos cotizan al alza las mañanas de domingo.

De vuelta separamos la cancela que hace de barrera y cargando con las bolsas de plástico que se clavan en las palmas de la mano, entramos en el recinto. Algunos están preparando la música, otros se encuentran recostados en zonas de descanso configuradas con cojines, palés e imaginación. El tabaco de liar se derrama sobre las piernas y las rodillas. Las conversaciones surgen de un modo espontáneo y natural, desconocer el nombre del interlocutor o la interlocutora no es problema cuando uno se encuentra metido hasta el cuello en los paraísos artificiales. Desde generalidades a confesiones realmente íntimas, pasando por el estado de la nación: el registro es tremendamente amplio y el nivel mucho más alto de lo que suelen querer hacer creer los detractores de estos ambientes. Pero además de hablar, en este after se puede participar en muchas más actividades.

En el momento en que la frontera de la hora deja de tener importancia, cualquier momento es bueno para el bricolaje, la jardinería, la exploración, el viaje astral, la práctica de sexo, la contemplación, la meditación, una pérdida momentánea de la conciencia, el baile, la discusión, una evasión oportuna, la búsqueda, la amistad, la expansión, comprensión, incomprensión y comprensión universal, el olvido, el autodiagnóstico, una pérdida no tan momentánea de la conciencia, el anhelo, la imaginación, un arrebato de confianza repentina, la alucinación, la sintonización o para una excitación abrasadora sin causa aparente.

Mi objetivo aquí es fundirme con la situación y ser. Ser sin más, ahora que entra dentro de mis posibilidades. Podría asegurar que soy capaz de percibir el movimiento de la Tierra tumbado en el suelo. Mis pantalones acumulan polvo y en mi espalda se marcan las irregularidades del manto de piedras que trajeron para homogeneizar el suelo de lo que era un solar amorfo y descuidado. Todo el mundo a mi alrededor me parece de gran belleza, querría besarlos a todos y a todas. Bellos y efímeros, no quiero que mueran nunca, aunque no conozca a casi nadie. No van a morir, no pueden morir, son el universo. ¿Quién de todos mis amigos morirá primero? ¿Seré yo? Al imaginarlo me invade una intensa sensación de vacío. Tengo la vista clavada en un cielo que poco a poco se oscurece. Una chica pasa cerca de mí, me mira desde arriba y me sonrío, me pregunta si estoy bien, le digo que estoy bien, no le digo la verdad, le oculto que realmente no estoy bien porque me preocupa enormemente que algún día ella, cuyo nombre desconozco, vaya a morir.

La mente se desboca en estas circunstancias, mi mente ahora es un desierto apacible al atardecer cuyo paisaje es modificado súbitamente por una tormenta de arena. Tras la tormenta, ya es otra cosa. La materia base es la misma, pero la forma que ha adoptado esta vez, distinta a la anterior. Nadie sabría decir qué aspecto tenía en origen. ¿A qué dedicaba mis primeros pensamientos cuando no era más que un recién nacido? ¿Qué puede hacer mi mente, qué puedo hacer yo? Estoy

volando, volando hacia adelante, primero el vuelo es una ascensión mística, después un velocísimo descenso en picado que culmina con un peligroso vuelo rasante. Ya no soy yo, ahora soy todos. Me he metido en ellos. He follado con ellos al unísono de una manera imposible de entender. Una gran cópula de lo inmaterial. La oscuridad que ya lo cubre todo ayuda a perderse.

No voy a volver, me estoy yendo.

Volvemos a la ciudad, vamos a una fiesta electrónica en el sótano de un local. En la entrada nos cruzamos con esa gente cuya definición de pasarlo bien difiere tanto de la nuestra. Han salido a beberse unas copas. Insuficiente. Nos cruzamos como se cruzarían dos especies distintas en un abrevadero: los herbívoros no somos nosotros. Se mantienen alerta, miran con desaprobación, con curiosidad. Puede que incluso con admiración y envidia. A nadie le resulta relevante porque todos piensan en llegar abajo y seguir. Hay que seguir. No tengo muy claro por dónde empezar.

Estornudo. Me froto por reflejo las fosas nasales, no me preocupo por fingir nada, aquí no hace falta. Una altura ligeramente superior a la media me permite hacerme una idea rápida del panorama. Las luces estroboscópicas le dan a todo una apariencia irreal al principio;

después, cuando la vista se acostumbra, lo irreal es la luz uniforme que nos echará. En la cabina trabaja un dúo venido creo que de México (¿era México?). Puede que de Francia. Por unos instantes no recuerdo en qué día estoy viviendo, cuánto tiempo llevo fuera de casa. Es fantástico. Mi casa. Al salir cerré la puerta con llave. Dentro todo está relativamente ordenado, no como si fuese a recibir a mi familia en Navidad, pero sí lo suficiente como para que se diga de mí que soy o era un tipo decente. Porque a la gente le gusta el orden. Quien diga lo contrario, miente. El caos está muy bien estéticamente, pero a la larga, se filtra a través de la piel y se aloja muy dentro del cerebro. Cuando atravesamos una mala racha agradecemos pasar unas horas en una casa ordenada y cálida. El orden es silencio. El caos es ruido. A mí me encanta el silencio y detesto profundamente el ruido.

En mi piso he dejado todo. No me he llevado más que lo de siempre. La ropa que llevo puesta, el DNI y el móvil en el bolsillo izquierdo como siempre, el dinero, un bolígrafo negro y las llaves en el derecho también como siempre, la mochila en la espalda y en su interior una pequeña muestra de mi cosmos: dos libretas -una para ideas y otra como agenda-, las llaves de casa de mi madre, las de casa de mi abuela -no querría no poder entrar en sus casas en caso de que les pasase algo-, el cargador del móvil, unos auriculares, unos caramelos, un inhalador por si sufriese un poco conveniente ataque de asma, un libro, una publicación mía, unos pañuelos, unos medicamentos generales por si alguien los necesitase,

un pendrive, betún negro para los zapatos, mechero, boquillas y papel aunque haya dejado de fumar -también por si alguien lo requiriese- y alguna cosa más. Soy una especie de camello de enseres útiles, una navaja multiusos andante. Me hace sentir seguro.

Aparte de lo mencionado, nada más.

Un amigo me coge del brazo y me arrastra a los servicios; estamos de suerte, justo ahora no hay cola, esa cola exasperante habitualmente paralizada y eternizada por los consumidores más tímidos de cocaína, speed o ketamina. Desde aquí, de la música solo se escuchan los sonidos más bajos. Me quiere contar algo, dice. Me ofrece algo, no veo qué es pero le digo que no. Habla, habla sin cesar. Yo le escucho atentamente. No finjo hacerlo, lo hago. Le escucho para que se sienta bien y para reafirmarme en el hecho de que prácticamente nada me interesa ya. Tengo la vista puesta en un horizonte lejano constituido por otra materia, por uno con una densidad distinta. No sé exactamente cómo es, pero lo intuyo. Sé que si avanzo lo suficiente encontraré la salida, algún agujero por el que fugarme de aquí. Todo esto no puede durar para siempre ni tampoco acabar sin más. Mi amigo sigue con su interminable monólogo acerca de las oportunidades, me da la sensación de que quiere pedirme algo pero no le daré pie a hacerlo. Me gusta ayudar a la gente, pero ahora no es el momento. Este no es el escenario correcto para una petición de esas características. La gente ya no

respetar el protocolo. Siempre tiene que haber un protocolo. Orden, de nuevo. Protocolo, respeto al tiempo que exige cada proceso. La torpeza y el bailar la vida a un ritmo inadecuado parece ser la cotidianidad de muchos.

Al final le digo que no guarde eso, que me dé un poco. A veces pienso si todo esto no será una gran función como en aquella película. Llego a convencerme, me obligo a darle importancia a la duda. *No lo descartes tan rápidamente, trátalo a la inversa. Acepta que esto es una función y tú el único que no lo sabe. A continuación, rebátelo.* La verdad es que tampoco encuentro tantos argumentos para anular la afirmación. ¿Podría ser yo la consciencia del universo? Solo conozco una experiencia existencial. La mía. No puedo asegurar que haya otra. Si no puedo asegurarlo, ¿qué podría ser toda esta gente que me rodea? Nunca he muerto. Nunca he matado a nadie. ¿Qué ocurriría si al transgredir una de estas fronteras de pronto todo cambiase y me revelasen que ni muero ni nadie muere en realidad porque estoy inmerso en algo que ni puedo imaginar qué es? Tal vez sea una especie de simulacro de sensaciones, una versión *beta* en la que se prueban para ver si funcionan. Sé que es la muerte -darla, recibirla- desde fuera. Todos estos tránsitos los he vivido desde fuera. Como espectador. Puede que haya llegado la hora de salirme del plano y ponerme tras la cámara.



*Lunes*

El lugar al que nos mudamos es una especie de templo de la decadencia que sin embargo dispone de cierto encanto trágico. La mitad de los que éramos ayer por la mañana ya se han marchado a su casa en un momento u otro del domingo. Selección artificial, sintética. *Survival of the fittest*. La última vez que dormí fue el viernes por la noche. Hace aproximadamente cuarenta y ocho horas. Todavía estoy lejos del récord que estableció el finlandés Tom Soini, que aguantó doscientas setenta y seis horas despierto, o lo que es lo mismo, once días y medio. Se dice que hubo un hombre que se mantuvo en vela diecinueve días, pero no existe documentación fiable que lo atestigüe. Más de dos semanas despierto, la pesadilla de Freddy. La privación de sueño es el capítulo uno en los manuales de tortura, lleva empleándose desde hace mucho tiempo para quebrar la voluntad de un prisionero. Es un método mucho más básico, sencillo y limpio que otras técnicas. Al no dormir comenzamos a experimentar toda clase de trastornos, como dolor muscular, visión borrosa, mareos, confusión, temblores, debilidad, ansiedad, irritabilidad, sueños lúcidos, lagunas y pérdidas de memoria, palidez,

náuseas, falta de concentración, disminución del tiempo de reacción, nistagmo -ese movimiento involuntario de los ojos tan característico-, paranoia o alucinaciones. Si la privación de sueño no es total pero sí constante, como la que provoca el insomnio o determinados hábitos y rutinas, la lista de problemas derivados se amplía con otros males como la depresión, migrañas, narcolepsia, diabetes, problemas cardíacos, desmayos, aumento del colesterol, envejecimiento de la piel prematuro e incluso el deterioro del sistema inmune. La destrucción es espectacular.

Lo bueno es que con el botiquín apropiado a mano, ni te enteras de los efectos más inmediatos. Permanecer despierto proporciona un tipo de experiencias que no proporciona ninguna otra cosa. Es como coger la vida y darle la vuelta para ver que tiene dentro. Otras miradas, otras verdades, otras relaciones. La persona que por la mañana te hablaba cordialmente, a las veinticuatro horas sin dormir y hasta arriba de todo en un sofá del piso de un desconocido, te habla de un modo muy distinto. Los estados alterados de conciencia tienen eso, revelan facetas distintas de nuestra personalidad, anulan o exageran otras. Hay quien se transforma en una versión avanzada de sí mismo, y hay quien en una parodia. La puerta del local, una reliquia de un pasado de ruta reciclado en after, la custodian dos ucranianos con pinta de pocos amigos. Dentro, un montón de cosas que te hacen sentir muy lejos del calor del hogar, no hay escenario peor para una resaca moral

que este. A partir de las diez de la mañana comenzarán a hacer acto de presencia individuos por cuyas vidas uno prefiere no preguntar, aquí se ha visto desde un anciano trajeado que repetía incesantemente durante horas la frase 'he llegado yo', hasta un vendedor de rosas paquistaní extremadamente bajo con la costumbre de manosear a nuestras amigas -exponiéndose a una desenlace de la situación que no tardará en llegarle-, pasando por seres al borde de perder la categoría de humanos, y eso que es una categoría no demasiado exigente.

Al poco de entrar me viene a la memoria una historia que oí hace no mucho y decido contársela a alguien con quien espero en el baño a que se abra la puerta del cuartito del váter. Dentro hay un tipo haciéndole una felación a otro, lo sé porque hay un agujero en la puerta a la altura de la cerradura muy codiciado ahora mismo por varios voyeurs que no paran de empujarse para poder mirar. La historia en cuestión habla de un *raver* a quien le pasó algo en un extenuante maratón de música y psicotrópicos en una zona inhóspita de un país balcánico. Ese algo hizo que su mente se perdiese en un lugar más lejano de lo esperado: aquello no fue un subidón cualquiera, algo dentro de él subió tanto que ya no bajó. Al cabo de varios días de festival todo el mundo se fue, todo el mundo salvo aquel chico, en quien nadie reparó. Lo dejaron en un terreno montañoso y árido, en un valle de difícil acceso y oculto a las zonas más próximas de movimiento humano. El caso es que el pobre diablo quedó allí, viviendo en un delirio constante en el que la rave

seguía y seguía sin pausa. Al parecer el delirio era placentero, salvo por ciertas interrupciones provocadas por momentos de lucidez en los que despertaba y preso de un terror repentino al darse cuenta de su situación (y de su aspecto), gritaba de una forma escalofriante durante un par de horas, hasta que volvía a sucumbir a la alucinación. Todo esto lo contaron algunos lugareños, en teoría. A quién y por qué ese alguien no hizo nada a excepción de transmitir la información, nadie lo sabe.

La puerta no se abre, esos tipos llevan demasiado tiempo dentro. Dejé de fumar hace un tiempo y a veces me pongo un poco nervioso. Lo llevo bien. Siento ganas de entrar a la fuerza. Respiro.

Luego está el dolor. A veces no puedo soportar el dolor. A veces el dolor me supera, atenaza mis extremidades y me entran ganas de acabar con todo, y cuando digo con todo, es con todo. No solo conmigo. Hay tanto dolor hasta en lo más bello; he tenido una visión, creo haberla tenido ahora mismo, estaba en una playa de noche, era una noche única y total, aquella noche era la noche de la existencia, sobre mí una cúpula de un azul sobrecogedor. En el cielo no había estrella alguna, todo parecía un decorado temporal, un set de rodaje cósmico. El agua de las olas me acariciaba los tobillos, y al mirar hacia abajo descubría a un pobre lagarto cornudo debatirse entre la vida y la muerte. El animal trataba de salir del agua pero la resistencia de las olas se lo impedía y el océano se preparaba para devorarlo, el esfuerzo de aquel pobre ser en

el pabellón del universo, el esfuerzo de aquel animal exánime, tan solo como yo en aquella nada azul, me pareció una manifestación de bondad y pureza inabarcable. Lloré como solo se llora cuando uno crece, lloré arrebatado por la emoción, con una sonrisa de agradecimiento por haberme permitido sentir algo de semejantes proporciones.

¿Qué sentido tiene esto si existe tanta belleza y tanto sufrimiento y es todo de tal intensidad y de tal envergadura que es imposible de manejar?  
¿Por qué estoy desarrollando toda esta sensibilidad justo ahora?

Entre los tiburones es muy común la embriofagia, el tiburón que emerge al mundo desde el interior de su madre se ha comido previamente a sus hermanos, menos desarrollados. De esta manera la naturaleza se asegura de que la máquina biológica que entra a formar parte del ecosistema está lo suficientemente preparada para desempeñar su papel como depredador ultraeficaz. Sin embargo nosotros salimos ahí afuera sin siquiera poder incorporarnos. Mucho menos protegernos. Y así sigue nuestra historia durante demasiado tiempo. A veces, nunca llegamos a valerlos por nosotros mismos. Confiamos a ciegas en el poder protector de la familia, de la pareja, de la sociedad. Cuando cae el telón, descubrimos que no teníamos ni puta idea de hacer nada, nada de nada. El primer imbécil que se nos cruce podría ser nuestro verdugo -o algo peor- si es lo suficientemente

irreflexivo. No le hará falta ni un palo. La creencia de que el instinto de supervivencia aparece como un primitivo poder salvador cuando estamos en peligro es falsa, la mayoría de víctimas lloran, suplican o se quedan paralizadas antes de morir.

-...stá, ya podemos pasar.

Vuelvo a la realidad como saliendo de un pozo interminable. La puerta se abre y los dos tipos, que todavía se han tomado su tiempo para empolvarse la nariz según parece por sus gestos y comentarios, nos dejan entrar. Les huelo al pasar, huelen a sexo y a un tipo de característico sudor post-coital. Justo antes de cerrarse la puerta tras nosotros entra alguien más. Es una chica, no la conozco. No pongo ninguna pega. Veo movimiento al otro lado del agujero de la puerta. Qué vulnerabilidad. Me viene a la cabeza que nunca estaremos seguros mientras existan cerrajeros, los cerrajeros tienen *full access* a todas nuestras casas. ¿Quién nos protege de los cerrajeros?

Arrugo un trozo de papel y lo introduzco en el hueco, supongo que entienden mi deseo de intimidad porque nadie lo quita desde el otro lado. Me giro hacia mis dos compañeros, ella machaca una pastilla y él prepara un polvo sobre el móvil que no termino de identificar. Ella debe tener un par de años menos que yo, es atractiva, tiene unos ojos bonitos y cierto magnetismo, o bien ese magnetismo está dentro de

mí. Algo me está haciendo efecto pero no recuerdo qué puede ser, solo sé que de pronto tengo ganas de cualquier cosa con quien sea. Todo es terriblemente natural, aparearse, solo es sexo, el sexo se presenta como algo evidente, una actividad sublime y terrenal, espiritual, no hay nada que temer o de lo que avergonzarse. Estoy un poco confundido pero tras un par de inhalaciones comienzo a verlo todo con más claridad. El gran teatro del cuerpo, el género, el erotismo, qué absurdo, qué magnífico. Qué es un hombre y qué es una mujer. Una estructura revestida de piel con orificios, un saco que a veces nos produce asco y otras un placer indescriptible, que cuando se deteriora puede ser repugnante y cuando ha salido especialmente bien de fábrica producto del azar genético, genera admiración a su alrededor, oportunidades, privilegios. Tratamos mejor a los bellos, a los atractivos, no podemos remediarlo. Mejor no resistirse. Dios son los genes.

Nos lanzamos el uno sobre el otro casi a la vez, chocamos contra la pared, nos besamos tanto y tan fuerte que parecemos mordernos.

Nos desvestimos solo lo necesario.

*Martes*

Cuando cierran nuestra catedral la semana sigue congelada, no hay apenas nadie en la calle. ¿Ya habrán sentido mis plantas la falta de riego? ¿Me habrá llamado alguien a este aparato sin batería? La luz me resulta sanadora, parece ser inmune a las barreras y penetra en mí, se une al resto de elementos que circulan por mi torrente sanguíneo y llega a mi cerebro por oleadas como si fuese la droga de dios. Sé que hay algunos que creen poder alimentarse mediante el *sungazing*, la observación directa del sol. Quizás tengan razón y logren extraer del astro algo más que una retina quemada. Inedia, vivir sin comer, qué práctico. Nos reunimos en la puerta poco a poco.

Creo que necesito un café.

Hay un chico que vive aquí cerca y que no quiere irse ya. Continuaremos en su casa según parece. No somos tantos, ahora que unos cuantos más se han despedido y ya caminan a lo lejos disolviéndose en la mañana como un recuerdo poco asentado. Sus figuras y sus nombres van fundiéndose con la calle vacía. Hoy es un día de esos que nadie sabe bien



cómo aprovechar; dar un paseo, tomar unas cervezas, comer en algún bar. Las primeras horas tienen sus banda sonora propia: la ausencia de ruido de vehículos, el trinar de pájaros, algún ladrido de perro lejano. Nada del chirrido esforzado de las persianas elevándose. Hoy no se abre, *horror*. Las tiendas cerradas nos hacen sentir en mitad de la Antártida, nos llevan a experimentar cierto desasosiego y nostalgia de los días *normales*. Así es el *Homo consumista*. Ese animal al que el sonido del televisor le ofrece compañía y alivio porque ha olvidado cómo estar a solas consigo mismo.

Podría decirse que quienes ahora ocupamos este piso -algo desangelado y juvenil- somos los que menos estima tenemos a nuestra salud o a nuestra cama. En mi caso, me despedí de ambas antes de salir. Me dejo caer en un sillón negro con reposabrazos de madera. ¿Qué día es hoy? Por unos instantes pierdo la noción del tiempo. Justo enfrente, una de las supervivientes le dice algo al oído a un tipo que se sienta junto a ella. Creo que está riéndose de mí. Creo que no se ha dado cuenta de que conservo más lucidez de la que cree. No importa. Arrastro mi mirada ida fuera del campo de acción de la suya y observo el panorama. Setenta y dos horas. Todavía somos ocho. Veo sus caras, hombre, hombre, mujer, hombre, hombre, mujer, mujer. Solo uno es muy cercano a mí, un buen amigo de la infancia con quien me he reencontrado hace poco en estos ambientes, precisamente.

En los laboratorios donde hacen sus prácticas los estudiantes de biología existen unos recipientes con la leyenda *morgue de moscas* que se me asemejan bastante a esta habitación. A ellos se arrojan las moscas de la fruta con las que se han llevado a cabo experimentos, tras adormecerlas con un gas primero. Una vez narcotizadas, se dejan caer en estos frascos, que contienen una piscina letal de glicerina y alcohol etílico. Así se *desecha* a estos animales, así se les da una *muerte digna*, así se les asesina. Según la perspectiva de cada cual.

Esta habitación es nuestra piscina.

El tiempo pasa y nosotros pasamos con él.

Hablamos, reímos, seguimos consumiendo, nos reímos más, hablamos de temas banales con una implicación asombrosa. El tiempo y el espacio se vuelven una masa gelatinosa por la que nos desplazamos, casi puedo *ver* -no podría asegurar que el verbo correcto es *ver*- el color de las afinidades, casi puedo distinguir el olor de los pensamientos de la gente. ¿Cuándo fue la última vez que comí? Comer se me antoja algo demasiado complejo y poco apetecible. Desde el balcón de la casa la caída del sol se convierte en un espectáculo majestuoso.

Me acuerdo de mi infancia y me siento por un momento el lagarto de mi sueño. La *Drosophila melanogaster* manipulada y descartada. No. Para mí habrá algo más. Un ciclo se cierra y tiene que empezar otro. No queda nada aquí que me retenga. Se acerca la hora de cruzar el umbral.

Pero cuál es el umbral.

Cómo se puede siquiera llegar a él. No podría decirlo ni compartirlo con nadie, es algo que presiento, una llamada desde el otro lado, algo que se me manifiesta. No hay razón, no hay un porqué. Solo sé que me dirijo hacia una salida. Es como aquello de hacerte Illuminati o rosacruz. ¿Cómo puede uno entrar a formar parte de una sociedad secreta? Si no sabes la respuesta es porque no perteneces a ella, por tanto no puedes saber la manera de entrar y no lograrás hacerlo. Puede que esta afirmación resulte tautológica, pero es sencillamente la verdad.

¿Qué diría esta casa si la vaciasen de pronto de nosotros? Cuando uno se marcha, hablan los objetos que deja tras de sí. Si ahora nos desintegrásemos, la mesa que tengo delante diría al menos que lo pasábamos bien. Pero también un montón de mentiras. Por eso me he esmerado en pulir el mensaje de mi piso. Mi epitafio. “Aquí la ausencia de un millennial, el hueco dejado por otro más de la generación del milenio, la Generación Y, esa de la que tanto esperábamos, esa que se pudre en la incertidumbre de lo precario, esa del FOBO, del *Fear of Being Offline*, esa generación-ensayo de nuestra verdadera capacidad para sobrellevar la hipercomunicación. Los millenials, mitad humano mitad *smartphone*, capaces de recorrer varios kilómetros por la ciudad sin levantar la vista de la palma de la mano, precursores del cyborg,

los de la memoria a corto, corto plazo; los millenials, que ya no saben concentrarse, que lo último que hacen antes de acostarse y lo primero al levantarse es mirar cuántas notificaciones nuevas esta vez, esos que empezaron a fotografiarlo todo compulsivamente e inundaron el mundo de morritos frente al espejo y rostros idénticamente grises, esos que crean ídolos y luego los abandonan en una cuneta en tiempo record, los millenials de la comida que envenena, del estrés, de la sensación de llegar siempre tarde a algo y de no satisfacer nunca las expectativas, ni las propias ni las ajenas. Aquí la ausencia de uno más de una generación más, adelantada ya por varias generaciones posteriores, tan inútiles y fallidas como la suya propia”.

Quedará bien. Todo esto no es un lloriqueo, no siento lástima, no siento nada en realidad. Como mucho son unas últimas palabras para leer entre líneas, las razones que voy a dar en la aduana si me preguntan. Me excuso, tengo que ir un momento al baño. Evidentemente a nadie le importa. El sol amenaza con salir. La piscina está llena de moscas. Me miro en el espejo, es hora de encontrar la salida. He guardado durante todos estos días una mezcla propia que descubrí sin querer en una fiesta y que me dio increíbles resultados. La gente se asombraría al conocer los ingredientes. Quizás debería dejar la receta antes de largarme, quizás perfeccionándola un poco llegase a ser la fórmula para una emancipación mental masiva, pero no tengo tiempo, ni tampoco ganas. De hecho, creo que quiero mantener cierta exclusividad. Vierto el

contenido de todo el pequeño paquete en un vaso con un dedo de agua. La textura es granular y de un color iridiscente. Vamos.

Lo bebo de un trago, me sujeto con los dos brazos a la pila y me miro fijamente en el espejo. La dilatación de mis pupilas es inmediata y excesiva. El iris de mis ojos ya no existe. El cóctel desciende por mi garganta y parece que a su paso todo se vuelve metálico. Sigo mirándome a mí mismo en el espejo. ¿Qué soy? ¿Qué eres? Una voz hace de coro a mis preguntas dentro de mi cabeza, pero no es la mía. El líquido llega a mi estómago, que de pronto se contrae violentamente aunque no llego a vomitar. Tras esto, se relaja y lo siento frío. Todos mis músculos vibran. Mi cara se desdibuja en el reflejo pero no estoy en condiciones de saber si es solo una alucinación, el baño tampoco me rodea ya. Nada lo hace, yo soy mis propios límites, yo soy las paredes y el espacio entre ellas. Mis ojos, mis ojos, no puedo prestar atención a otra cosa. Me acerco a la salida. El horizonte lejano se aproxima, estoy a unos pocos pasos. El agujero, la salida por la que me fugaré, me mira fijamente sin pestañear. Ya no hay posibilidad de retorno, lo sé. Siento un profundo bienestar. Para mí habrá algo más. No voy a ningún cielo, no me reencarnaré. No voy a morir. No voy a morir nunca.

Esto no es un suicidio.

Esto es el inicio de un viaje.

Vacaciones.

*Miércoles*

*One may say the eternal mystery of the world is its comprehensibility.*

“Physics and Reality”, Albert Einstein, 1936.

